

En tot cas no podem sinó alegrar-nos per l'aparició del present volum, que ens permet acostar-nos a la figura del gairebé desconegut Schlegel, i conjeturar un dels elements fonamentals de la història cultural alemanya que té a veure amb l'herència del pensament francès i holandès, gràcies a la mediació del cercle romàntic catòlic de Münster.

FERNANDO PÉREZ-BORBUJO ÁLVAREZ
Universitat Pompeu Fabra

Jorge Acevedo

Heidegger: existir en la era tècnica

Santiago de Chile: Ediciones Universidad Diego Portales, 2014

438 p., ISBN: 978-956-314-241-9

Decía Hegel que la tarea de la filosofía es captar la propia época con el pensamiento. A este respecto, cabría decir que Martin Heidegger (1889-1976) es uno de los pensadores del S. XX que de manera más aguda y profunda han sabido llevar a cabo esta labor. Efectivamente, la meditación heideggeriana de nuestra época como *la era del predominio de la técnica moderna* ha sido de radical importancia para el devenir filosófico en general y, en particular, para toda reflexión acerca de nuestro momento histórico, de sus vicios y sus virtudes; sobre todo, de sus vicios. De desconocerse esta meditación resultaría imposible comprender la avasallante y sempiterna proliferación de críticas contra el progreso tecno-científico que ha tenido lugar en las últimas décadas. Tanto es así que un paso largo y reposado por las indagaciones del incisivo Heidegger resulta revelador para desentrañar la verdad que se esconde tras la pregunta por la esencia de la técnica, que no es sino la esencia de nuestra propia época. Conocedor y reconecedor de tan vital importancia, Jorge Acevedo, en *Heidegger: existir en la era técnica*,¹ recupera algunas de las reflexiones capitales de Heidegger sobre la tecnificación del mundo, a fin de ponerlas en diálogo con los interrogantes y los problemas de las personas y las sociedades de hoy. Con esta articulada recopilación de artículos el autor, más que postular respuestas, pretende refundar y difundir una perspectiva desde la que, tal vez, podría abordarse la realidad de manera más sosegada y fructífera.

1 J. Acevedo, *Heidegger: existir en la era técnica* (Santiago de Chile: Ediciones UDP, 2014).

Catedrático de Filosofía de la técnica en la Universidad de Santiago de Chile y autor de títulos como *Heidegger y la época técnica*,² coautor de otros como *La técnica, ¿orden o desmesura?*,³ y editor de algunos como *Filosofía, ciencia y técnica*,⁴ Jorge Acevedo ha dedicado, según reconoce en su libro, más de cuarenta años al estudio del pensamiento heideggeriano. Su libro *Heidegger: existir en la era técnica* es una sincera invitación a acompañarle en derredor de la opaca muralla que circunda el pensamiento de Heidegger, con tal de señalarnos, como lo haría un amigable guía, aquellos recovecos en los que la luz es más clara y con mayor intensidad se alcanza a vislumbrar lo que es esencial. Heidegger no es el único protagonista de este libro: José Ortega y Gasset (1883-1955) —a quien el autor también ha dedicado cuarenta años de estudio—, juega un papel crucial como tertuliano de Heidegger, sirviendo constantemente de apoyo al autor para comparar, matizar o reforzar lo que en cada caso es importante explicar. En este sentido, uno de los principales méritos de Jorge Acevedo en este libro es haber conseguido ostentar lo que Ortega llamó «la cortesía del filósofo», a saber: ser claro en la escritura. No se trata sólo de buen estilo, sino de saber pasar una y otra vez por los *mismos* habitáculos del edificio del pensar heideggeriano haciéndolos ver, no obstante, *no-iguales*, esto es, capturando la multidimensionalidad de cada concepto, la profundidad y el alcance de cada distinción. En definitiva, el autor logra resaltar al mismo tiempo la unidad y la riqueza del pensar meditativo del filósofo de la Selva Negra.

El objetivo, así como también el contenido del libro, vienen definidos en el título: en primer lugar, *Heidegger*, a quien habrá que presentar y reseñar en toda su magnitud, a fin de perfilar un marco de pensamiento que abarque desde la distinción fundamental entre ser y ente hasta la esencia misma de la técnica como *Ge-stell*, como «dis-posición» de lo dado a ser apropiado, es decir, como apropiación del ser de lo ente. Y, en segundo lugar, *existir en la era técnica*, lo que no deja de ser el nombre de una reflexión a propósito de nuestra ineludible pertenencia a una época donde el ser y la verdad predominan bajo la forma y la esencia de la técnica moderna; condición esta que no se concibe ni se manifiesta en otro sitio que en la radical existencia de cada uno de nosotros. Así pues, el propósito del libro es bien claro: pensar la pro-

2 J. Acevedo, *Heidegger y la época de la técnica* (Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1999).

3 A. Xolocotzi, *La técnica, ¿orden o desmesura?* (México: Los libros de Homero, 2009).

4 M. Heidegger, *Filosofía, ciencia y técnica* (Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 2017, sexta edición).

pia época aplicando las herramientas conceptuales que nos dejara Heidegger, habiendo aprendido a manejarlas con desenvoltura y sólo tras haberlas pulido y complementado a través de autores como Karl Jaspers (1883-1969), María Zambrano (1904-1991), Julián Marías (1914-2005), Cristóbal Holzapfel o el propio maestro del autor, Francisco Soler (1924-1982).

Visto lo anterior, se entiende que la estructura del libro pueda dividirse, aunque el autor no lo haga, en cuatro momentos. *Primero*, se nos presentan el *Dasein* y la pregunta por el ser, la estructura *a priori* de ser-en-el-mundo, el ex-sistir como habitar, el método fenomenológico experiencial, la verdad como apertura, el concepto de valor y la noción de *pathos*. Es decir, en los capítulos I-VI, se nos introduce paulatinamente en el pensamiento de Heidegger. *En segundo lugar*, en los capítulos VII-X, se da vueltas en torno a la relación entre razón y pensamiento, comparando la reflexión heideggeriana con la de otros autores. *En un tercer momento*, durante los capítulos XI-XIII, se mueve el foco de atención a la pregunta por la técnica y la ciencia. En cuarto y último lugar, tras haber expuesto los conceptos fundamentales del pensar de Heidegger, haberlo matizado, sopesado y refinado con otras visiones y haber abordado el problema de la técnica —que no deja de ser el hilo conductor de todo el libro—, tras esos tres momentos, digo, en los capítulos XIV-XVI, se esbozan algunas líneas de lo que podría denominarse una «propuesta ética heideggeriana» que vendría a paliar algunos de los males de los que adolece el ser humano contemporáneo. En estos tres últimos capítulos, en definitiva, es donde el autor reflexiona acerca de cómo existir en una época como la nuestra.

Cabe destacar que la articulación y el orden de exposición de las ideas es magistral, tanto en el sentido laxo como en el más propio de la palabra. Y es que cuando se trata de explicar las meditaciones heideggerianas, no es tarea sencilla, dada la esencial vinculación y retroalimentación de todas sus tesis, saber por dónde empezar y hacia dónde seguir. Sin embargo, partiendo de la fundamental *diferencia ontológica*, la distinción entre ente y ser, entre lo óntico y lo ontológico, el autor nos hace ver, ya desde el principio, la radical disparidad entre el pensar científico-técnico y el pensar filosófico. Dejando esa cuestión para más adelante —todo sigue en este libro la lógica de aparecer para luego reaparecer bajo otra perspectiva—, el autor decide seguir ahondando en las implicaciones que de la diferencia ontológica se derivan. Muy someramente, pueden invocarse ahora algunas de las reflexiones que nos moverán desde la diferencia ontológica hasta la cuestión de la técnica: para empezar, la sola posibilidad de distinguir siempre y con cada cosa entre *lo que es* y el *hecho de que sea* es lo que nos permite concebir algo así como la existencia. La pregunta «¿por qué hay algo y no más bien nada?» sólo puede

plantearse a raíz de la diferencia ontológica. Es la posibilidad, pues, de toda filosofía. Pero, más esencialmente, esta potencia filosófica del ser humano es lo que le permite situarse más allá de lo ente, dar un paso atrás ante lo dado para pensarlo en su ser desnudo, sin sus determinaciones ónticas. A este ir o pensar más allá de lo ente es a lo que se le llama propiamente *trascender*. El ser humano, en tanto se sabe existiendo, existe trascendiendo: su propia existencia es un trascender, y todo lo que para él existe, todo lo ente, no *es* más que en virtud de su propia visión óntica, que puede siempre abandonarse para penetrar en el plano del ser, donde nada es. Así, todo lo que pueda decirse de la humanidad que se inscriba en el plano de lo ente —como es el caso de las categorías kantianas, así como también de toda pretendida antropología o naturaleza humana— puede y debe ser tachado de superficial. La única esencia humana consiste en su radical existir, de ahí que para hablar del animal humano Heidegger acuñe el término *Dasein*, que quiere decir «ser-ahí». Ese *ahí*, aunque en cada caso distinto, refiere siempre a un mundo en el que se es. Existir tiene así la estructura *a priori* de ser-en-el-mundo (*In-der-Welt-sein*).

En su obra *Ser y Tiempo* (1927), concretamente en el segundo párrafo del segundo capítulo de la primera sección de la primera parte (§13), Heidegger señala que el conocimiento del mundo es un modo de ser del hombre. No se trataría, pues, de una representación que se hace el sujeto de una realidad exterior a él, ya que el sujeto se mueve siempre en la exterioridad, que es su hábitat. Para Heidegger no hay un sujeto y un mundo, sino que hay un sujeto que tiene mundo y que sólo existe en tanto que lo tiene. Por lo tanto, no hay un «yo» que está en el mundo (realismo), ni un mundo que está en el «yo» (idealismo), sino que todo «yo» presupone ya un mundo que lo circunda. Heidegger supera la dualidad sujeto-objeto, tanto ontológica como epistemológica, gracias a una exégesis del modo de ser del ser del hombre que le lleva a concluir que el ser-en-el-mundo es una estructura fundamental del *Dasein*, y que el conocimiento no es más que un modo más de ser de dicha estructura. Es por esto que cada manera de conocer es una manera de existir. La determinación de lo ente por parte del *Dasein* es siempre también autodeterminación. Es así como a partir de la diferencia ontológica se llega al *Dasein*, y a través de la presentación de los rasgos fundamentales de este, se establece la intrínseca relación entre existencia, mundo y verdad.

En este punto y a propósito de la verdad, el autor se sirve de cuatro capítulos para ahondar en la cuestión del «des-ocultamiento», de la verdad como *alétheia*. No nos detendremos demasiado en este asunto, pero sí diremos que, dado que no hay un sujeto y un mundo, la verdad no puede entenderse como correspondencia o adecuación entre el pensamiento y la cosa, ni tampoco ha

de concebirse como algo que se da en los enunciados. La verdad existe, tiene existencia, pero su existencia no es otra que la del *Dasein*: el *Dasein* existe en la verdad. Esto no quiere decir que la verdad sea subjetiva, ni que el error sea imposible. La verdad es relativa al *Dasein*, depende del *Dasein* en su existir. Pero esto no la vincula con una subjetividad, con un sujeto que haría verdadero lo uno o lo otro al arbitrio de su propia voluntad. Simplemente, el *Dasein*, en su apertura al ser, en su trascender, es la instancia en la que se torna posible algo así como el desvelamiento de lo existente en tanto que existente.

A continuación, se suceden cuatro capítulos dedicados a escudriñar una y otra vez el concepto de razón y su función en el pensar, entrando cada vez en consideración elementos distintos, aunque siempre llegando a lo mismo. Respectivamente: se reflexiona sobre el principio de razón suficiente a la luz de la noción de un pensar meditativo (Heidegger), que piensa más allá del ente y, por ende, de cualquier cálculo. Recordemos que el principio de razón suficiente asevera que todo lo que es se debe a una causa que da cuenta de ello: todo tiene una razón de ser. Este principio, por lo tanto, tiende a entender el mundo como un conjunto de entes ya dispuestos de una determinada manera y que podemos asegurar en el pensamiento mediante el cálculo adecuado. Sin negar este principio óntico, Heidegger advierte del peligro de creer que el pensar donde este opera es el único o el mejor pensar posible. Después, entra en juego la razón lúdica (Holzapfel), que se refiere al juego que rige el pensar más allá de los fundamentos y pone en suspenso el principio de razón suficiente. Cuando uno se mueve en el plano de lo ente en busca de fundamentos, llega un momento en que alcanza el fundamento sin fundamento. Este fundamento infundamentado sólo puede ser resultado de un pensar que no sea calculante, fundamentalista, asegurador, sino más bien lúdico, errático y creativo. Luego, se nos presenta la razón poética (Zambrano), referida al pensar vinculado con la *poésis*, con la creación, y no con la *theorei* y cálculo científico, los cuales sólo son posibles allí donde ya hay lo que hay, donde los entes ya están definidos. Por último, se aborda algo que ya se había esbozado en los tres capítulos precedentes: la distinción entre *ratio* y *logos*. La *ratio* es la razón entendida como pensar calculante, planificador, dominante, que agarra lo que le es dado para servirse de ello: es el pensar de la línea recta, de los medios y los fines. El *logos*, en cambio, es la razón en su sentido más originario. *Léquein* es el acto de discurrir acerca de algo, de envolverlo con la mirada y expresarlo en el habla. El *logos* no se apropia de aquello en lo que piensa, sino que al pensar deja ser lo que aquello es de manera más propia. Podría expresarse la distinción entre *ratio* y *logos* diciendo que la *ratio*, con su pensar calculante, arranca lo ente de su sentido propio y lo somete a la propia lógica

del pensante; el pensar meditativo propio del *logos*, en cambio, se introduce en el sentido de aquello que piensa como quien sigue un camino, el camino propio de la cosa pensada. Además, en este capítulo, el autor incorpora los textos de Ortega para hacerlos dialogar con los de Heidegger y comprobar si acaso sus concepciones de la razón y del buen pensar son incompatibles o si, por el contrario, se podrían conjugar y complementar. Por supuesto, se trata de esto último, las nociones de Ortega y Heidegger responden a una misma inquietud, así como también lo hacen las de Holzappel y Zambrano: todos estos rostros de *la otra razón* responden a la inquietud que suscita el ser consciente de que la razón científica se ha convertido en la legalidad mental y que todo pensar se ha vuelto «tecno-lógico».

Nos encontramos así cara a cara con el problema de la técnica. El predominio de la técnica moderna es el olvido del pensar meditativo que acoge y deja ser, porque el pensar calculante propio de la técnica se ha hecho pasar por el único pensar, por la única actitud sensata. Miramos técnicamente todo lo que acontece y, así, nos apropiamos de su acontecer. En este punto resulta imprescindible presentar aquello que para Jorge Acevedo es la matriz de toda consideración ulterior acerca del ser. Este quid de la cuestión es lo Cuadrante. Lo Cuadrante o la Cuaterna (*Geviert*) es aquello en cuya reunión el ser se dona, son los cuatro elementos que al conjugarse de uno u otro modo dan lugar al ser de todo lo ente. En otras palabras: es el juego de lo Cuadrante lo que en última instancia configura todo lo que es. Ahora bien: ¿qué es lo Cuadrante? La Tierra y el Cielo, los Mortales y los Divinos. La Tierra es aquello *en* lo que somos: la tierra, los ríos, la cabaña, la ciudad, el bosque, la roca, el puente... El Cielo es aquello *bajo* lo que somos y no podemos controlar: la noche y el día, la sucesión de las estaciones, el clima, el eterno rotar de los astros y brillar de las estrellas... Los Mortales son aquellos *con* los que somos: nuestros amigos y enemigos, la familia, la sociedad, la especie humana en su conjunto. Los Divinos son aquellos *ante* los que somos: los mensajeros señalantes de la deidad, que nos hacen ver lo sagrado como sagrado y nos lo traen a presencia. Todo ente, en tanto que ente, recolecta junto a sí a su modo a la Tierra, el Cielo, los Mortales y los Divinos. Según cómo se establezca la unidad de esos cuatro elementos en el existir del *Dasein* se establecerá el ser de todo lo que es. Así, cuando uno protege la Tierra, respeta el curso del Cielo, guía a los Mortales y espera a los Divinos, su existencia se define como cuidado de sí y del mundo habitado. El pensar meditativo procura establecer esta relación con lo Cuadrante. Por el contrario, cuando uno explota la Tierra como si fuese suya, contradice al Cielo modificando el clima y alterando el tiempo, compite contra los Mortales o se sirve de ellos e ignora y desoye a

los Divinos, cuando uno establece tal relación con y entre lo Cuadrante está existiendo bajo la forma de la esencia de la técnica, que nos lleva a ver la naturaleza como una bodega repleta de materiales dispuestos a ser usados, el río como una fuente de electricidad, las cosas como recursos, las personas como animales de trabajo, la noche como algo que hay que convertir en día y el día como un loco bullicio de prisas y quehaceres. Esta configuración propiamente moderna de lo Cuadrante es el rasgo fundamental de la época en que vivimos, la era técnica.

La esencia de la técnica es ese peculiar juego que constriñe lo Cuadrante dando lugar a una manera propia de des-velamiento de lo ente. Se trata de un des-velar pro-vocante. Pro-vocante porque no deja ser, sino que fuerza a ser en virtud de ciertos fines. Cuando la *ratio* inunda el pensamiento, todo aparece como dis-puesto, todo ente tiene ya un lugar asignado en las categorías del pensante, categorías mentales que enjaulan en conceptos aquello que es pensado para someterlo y poder asegurarlo. Esta «dis-posición» es llamada por Heidegger *Gestell*, y es lo más propio de la técnica. Tiene que serlo si se pretende un saber técnico, un saber que permita, antes de la acción, asegurar la acción y su resultado. Como dice Heidegger y recupera Acevedo, la ciencia no piensa — no piensa meditativamente, ontológicamente. Sin embargo, no es que la ciencia sea inferior a la filosofía, o que sea vil e inmundada en sí misma. Al contrario, la ciencia tiene necesariamente que no pensar meditativamente, pues debe operar siempre dentro del plano de lo ente para poder llegar a resultados. Cuando uno pretende resolver un problema de física debe, inevitablemente, dar por supuestas ciertas cosas, a saber: unos límites bien definidos de lo que es relevante y lo que no lo es, unos objetos con los que se debe operar y algunas reglas que dirigirán el pensamiento. Si el científico se pusiera a cuestionar si los objetos con los que trabaja son realmente lo que son o si más bien son otra cosa o no son nada; si pusiera en duda los conceptos y las leyes que utiliza, difícilmente arrancararía algún día en su investigación. Del mismo modo, la técnica, con su esencia, es innegablemente útil para la consecución de ciertos fines. A ella le debemos todas las mejoras en el tratamiento de enfermedades, la simplificación de tareas cotidianas y un largo etcétera de avances científicos y tecnológicos que nos ayudan a vivir mejor y que sin duda habrían sido impensables si el ser humano careciera de la capacidad de pensar técnicamente lo ente. El problema de la técnica no es, pues, su esencia, sino el que su esencia se haya tornado esencia de toda una época. Nada tienen Heidegger ni el autor en contra de los artilugios técnicos, pero sí lo tienen en contra de la enfermiza dependencia tecnológica de la que adolece el individuo contemporáneo, de la contagiosa costumbre de valorar sólo lo que puede reducirse

a causas y fines, y de la peligrosa ingenuidad que es considerar el progreso tecno-científico como algo que, por sí solo, mejorará a la humanidad. Hay que desarrollar la técnica, pero en ningún caso eso puede significar desatender las demás facetas del ser humano.

Acevedo nos sumerge de lleno en el meollo del meditar heideggeriano para hacernos ver las luces y las sombras de nuestra época e invitarnos a existir de una manera serena, dando cabida al auténtico pensar meditativo, dejando ser a lo que es de manera propia y, así, ser propiamente nosotros.

JOSÉ A. PUJANTE
Universitat de Barcelona

Joan Garcia del Muro Solans

Good bye, veritat. Una aproximació a la postveritat

Lleida: Pagès, 2018

238 p., ISBN: 978-84-9975-975-3

El títol del 34è Premi d'assaig Josep Vallverdú 2017 ho diu molt bé, i més en anglès: adéu a la veritat, adéu a un concepte que, no pas sense dificultats i des de diversos punts de vista, es procurava mantenir amb la mateixa definició, i ens donava seguretat i esperança en un món de transformacions.

D'antuvi, hem de dir que això de la postveritat té una data de començament i és conseqüència d'unes causes determinades que s'identifiquen amb (a) una redefinició de les idees i dels ideals, (b) una crisi dels valors i (c) una reconsideració del que suposa la creença en un món que ja s'ha adonat que la raó no ho diu tot en aquesta vida (p. 42). Plantejarem el problema des de tres punts de vista: filosòfic, polític i moral.

Filosòficament, la postveritat s'emmarca en la postmodernitat, és a dir, en el corrent o període escèptic, segons es miri, de la filosofia contemporània, període o corrent que rebutja una visió racionalista, científicista o legalista de la realitat, des de Descartes a Marx (p. 45). Joan Garcia del Muro descobreix l'arrel del problema: és qüestió de no proposar-se grans fites, perquè l'interès de la filosofia és fer que es mantingui la conversa més que trobar la veritat objectiva, tal com sentenciava Rorty (p. 46). L'autor estudia la filosofia contemporània, com molt bé es pot veure en les pp. 95 i següents, i hi percep l'existència d'un afebliment (p. 96). Llegim: «La racionalitat moderna, la metafísica de les certeses absolutes